



# Sobre la memoria, la pedagogía y las preguntas que se hace una generación: una crónica de la entrega del Doctorado Honoris Causa a Taty Almeida en abril del 2026

**Isabel González Puente** | **Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires**[1]

El 17 de abril de 2026 nuestra facultad, Filosofía y Letras, le entregó un Doctorado Honoris Causa a Taty Almeida, madre de plaza de mayo, histórica figura del movimiento de defensa de los derechos humanos de nuestro país e icono inigualable de vitalidad y optimismo.

Quizás hay algo de la historia y su épica inexplicable en este suceso, pero el acto de entrega del Honoris Causa, desarrollado en el aula 108 de Puan fue sólo dos meses antes de que Taty nos dejara y el mundo se vuelva un lugar un poco menos luminoso. A su vez, el aula 108 es el aula que aloja en sus paredes los nombres de los cientos de estudiantes, docentes y nodocentes detenidos desaparecidos que estudiaban o trabajaban en Filo.

Me convocaron a escribir estas palabras para intentar, con torpeza y sin la magia que caracterizaba a Taty, transmitir algo de lo que nos dijo a las estudiantes que esa tarde de abril tuvimos la suerte de ser invitadas a participar del acto y conversar con ella.

Es importante señalar que esta no fue la primera vez que Taty vino a Filo. Quizás tampoco fue la segunda, pero sí la segunda que yo conozco. En 2022, Taty Almeida había venido al patio de Puan 480, solo unas semanas después de que volviera la cursada presencial con dos años de pandemia en nuestras espaldas. En esa ocasión nos encontramos en una tarde calurosa en el pino de Puan, con más preguntas que certezas sobre quiénes éramos los que estábamos volviendo a habitar esos pasillos. También, tanto en 2022 como en 2026, Taty llegó a una facultad en la que estábamos por tener elecciones de centro de estudiantes y de representantes en el Consejo Directivo, es decir una facultad que, al menos bajo mi perspectiva, estaba atravesada de lleno por las preguntas de ¿Cuál es el rol de un estudiante universitario en este presente desolador? ¿Qué tiene para ofrecer un centro de estudiantes en este contexto de preguntas infinitas y certezas casi nulas? ¿Qué tiene para aportar o decir Filosofía y Letras en una época de desorientación colectiva?

1 Estudiante de Ciencias de la Educación y ex-presidenta del Centro de Estudiantes de Filosofía y Letras (2024-2026).

Sin dudas Taty eligió los momentos para conmover a nuestra comunidad. En 2022 después de una pandemia que nos había reconfigurado la vida, en 2026 después de dos años de enfrentamiento frontal con un gobierno que vacía lentamente la universidad en la que elegimos formarnos. Una vez más en abril de 2026, tal como hizo en 2022, antes de que empezara el acto en el aula 108, Taty, sin saberlo, nos dejó algunas preguntas y algunas tareas a las estudiantes que estábamos ahí presentes.

Nos encontramos una hora antes en la Sala del Consejo Directivo con ella. No estaba sola. Llegó con su familia primero y fueron llegando nuevas personas después. Todos la saludaban con cariño, alegría y emoción. No es poco sostener una familia después del horror de perder a un integrante de la misma y ya ese acto de felicidad me conmovió. Taty se ubicaba en la cabecera de la mesa siendo por un ratito la anfitriona en nuestra casa. Nosotras nos acercamos a ella, con el cuidado y la cautela de quien sabe estar hablando con una figura trascendente. Nos presentamos. Cuando le dijimos quienes éramos, estudiantes, ella nos respondió rápidamente. Nos recordó, pensando que quizás nos habíamos olvidado de algo que, lejos de no recordar, nos atormenta cada día: cada vez quedan en este plano menos abuelas y menos madres. Lentamente la vida, que no deja de ostentar sus injusticias, nos roba las palabras de quienes son testimonio vivo de que es posible enfrentar a los monstruos, al dolor y a la crueldad. Nos obliga el paso del tiempo a dejarlas ir, además, en una época que parece llevarnos a buscar en el pasado alguna pista de cómo enfrentar el presente. Y, si algo obsesiona a quienes volvieron a nacer como madres y abuelas de plaza de mayo a partir de un trágico hecho en sus propias historias, es que esa irreverencia frente a la resignación no se acabe con una vida.

Nos pidió Taty, entonces, que tomemos esa posta, que nos aseguremos de que la lucha por la Memoria, la Verdad y la Justicia continúe, que sigamos buscando a los nietos que faltan, que sigamos construyendo un recuerdo vivo del horror del 76. Quizás eso sea lo más significativo que nos van dejando las madres y las abuelas: que la trascendencia radica en que el dolor de una vida perdida por el terrorismo de estado sea bandera para construir un mundo a la altura de nuestros sueños. Quizás el aprendizaje que nos dejan con cada una de sus historias de vida es que la irreverencia radica en enfrentar a la resignación que a veces prima. Si ellas enfrentaron a los monstruos más monstruosos, ¿qué nos cabe a nosotros? No lo sé, pero de mínima, estar a la altura de la historia que nos dejan.

Quizás ese sea el aporte de la pedagogía. Vivimos en un mundo que parece roto, en el cual a veces pensamos que nos está tocando la época más trágica. Las madres, las abuelas, las Tatys Almeida de la vida nos recuerdan que la única garantía para que el futuro sea mejor es no resignarse, incluso en los momentos donde parece difícil encontrar esa esperanza. "¿Cuál es el rol de un estudiante universitario hoy?" es la pregunta que me hago muchas veces y la memoria del horror quizás nos deba recordar que nuestro rol es pensar, incomodar y, fundamentalmente, enfrentar a la cultura de la resignación y de la tristeza que parecen ser la invitación de esta época. Taty Almeida, con una historia cargada de dolor, nos ha sabido mostrar lo que es la alegría como contracultura, lo que es el entusiasmo de saber que la vida debe valer la pena porque sino no se hubieran robado las historias de 30.000 compañeros.

En esa breve pero enorme conversación que tuvimos con Taty intentamos darle cierta tranquilidad, insistir con que todo lo que nos decía nosotras lo sabíamos y lo intentabamos hacer cada dia. Quizás por eso, con un acto ingenuo pero permanente, pintamos en 2024 un mural que lleva como prosa las palabras de Alejandro Almeida, hijo de Taty: "Si la muerte me sorprende lejos de tu vientre (...), quisiera decirte mamá que parte

de lo que fui, lo vas a encontrar en mis compañeros". Quizás por eso le regalamos en ese momento un cuadro a Taty con esa imagen inmortalizada para que se lleve un pedazo de lo que somos y de lo que queremos ser también.

Quizás el aporte que tenemos para hacer desde nuestro campo, desde la educación, sea el de convencernos de que la vida vale la pena y que como generación tenemos nuestra historia que contar. Nos han robado tanto, tantos relatos, tantas vidas, que las que tenemos deberían valer la pena. Y ese quizás sea nuestro rol, como estudiantes de esta facultad. Recuperar el sentido, recuperar el horizonte, recuperar la memoria y, principalmente, recuperar el futuro para hacerle justicia a los que vinieron antes que nosotros y no pudieron hacerlo.




*Fotografía de Taty posando con el cuadro regalo de la presencia del Cefyl, del mencionado mural con las palabras de Alejandro Almeida.*



*Fotografía de las estudiantes entregando el cuadro a Taty.*